**Vida humana y vida animal**

**Hacia un pensar antiespecista**

Daniela Elisa Alvarez (USAL)

Daniela.alvarez@usal.edu.ar

**Un gato sin nombre**

Situémonos en la sociedad japonesa en los albores del siglo XX, donde el rol de la mujer es denostado, la figura del niño es ignorada, y lo animal es invisible a los sentidos. Las ideas modernas occidentales iban llegando al país del sol naciente con aires de progreso y civilización. La primacía de la razón se filtraba por los poros abiertos de la sociedad nipona colisionando con la nada budista, el camino taoísta y las virtudes confucianas. En un contexto de coalición entre lo novedoso y lo tradicional se inscribe la novela de Soseki teniendo por narrador a un gato sin nombre.

Él no ha sido nombrado, es invisible y despreciado. Nadie lo ve pero él todo lo nota. Carecer de nombre, en el Taoísmo, es característica del sabio. El Tao mismo carece de nombre. Sin embargo, la ausencia, lejos de reflejar una carencia, es condición de posibilidad.

El gato filósofo se ríe de la supuesta superioridad humana, o mejor dicho, del varón adulto cuerdo y útil a la sociedad, puesto que las mujeres, los niños, los locos y los vagos, entre otros marginados, rozan la frontera de la animalidad. Los infantes varones son considerados humanos en potencia mientras que las mujeres condenadas a la ignorancia desde el nacimiento ya no tienen salvación. “¿Qué sabéis las mujeres? Mejor será que os calléis.” (Soseki, 2017, p. 41). El niño es terco, inmaduro y estúpido, mientras que la mujer es maliciosa. Cuánto mejor sería para ellos, pensaría un japonés de la época, la sumisión al padre y al marido.

Los animales que aparecen en la obra van siempre irónicamente acompañados de un tinte peyorativo. El gato salvaje, el cerdo glotón, el ratón estúpido… Digo irónicamente porque Soseki es consciente de la animalidad en el hombre, por eso ríe cuando éste intenta diferenciarse con artilugios sobrevalorados como la razón o el lenguaje.

Pareciera que sacándole el raciocinio al hombre solo quedaría lo animal en él. Como las mujeres, los niños y los locos, entre tantos otros, no gozan de tal emancipación intelectual quedan reducidos y subordinados a la razón superior del varón. Pero ¿qué ocurre cuando damos cuenta de que tal racionalidad superadora no es tal?

En la novela aparecen numerosos ejemplos de esta falta de racionalidad. “Y quien no es gato no puede comprender las cosas de los gatos. Los hombres podrán progresar todo lo que quieran, pero, en este punto, no adelantarán nada. La verdad es que, como se creen más de lo que son, les resulta más difícil conocernos.” (*Ibídem*, p. 35). El gato protagonista, en tanto observador meticuloso de la *bios* humana, da cuenta del carácter caprichoso de los hombres. Comienza describiendo a su amo puesto que no puede entender como a pesar de sufrir una dispepsia crónica, comía en abundancia.

Por otro lado, no puede terminar de concebir el acto de fumar. Se pregunta ¿Por qué un ser pensante se jactaría presuntuosamente de su autodestrucción? El gato emplea la ironía cada vez que aborda el tema y pone en evidencia que la supuesta superioridad humana no es más que una construcción. Lo que vestimos, lo que comemos, los deportes que practicamos, todo forma parte de una gran red social artificial que con el tiempo y la costumbre percibimos como natural.

El individualismo extremo y la violencia, productos de la tan estimada civilización, aparecen en la obra como otro ejemplo de irracionalidad. Si bien el hombre se jacta de su carácter social, de seguir por este camino desértico, llegará el día en que nadie lea las poesías del prójimo. (Véase, *Ibídem*, p. 442).

Incluso tacha al derecho de propiedad como surgido de la irracionalidad. “Nos usurpan la comida que nosotros encontramos y, haciendo uso de la violencia, nos arrebatan impunemente lo que nosotros debemos comer por justicia.” (*Ibídem*, p.21) El que lo encuentra primero se lo queda, aboga Mike, el gato vecino tricolor. El argumento de la propiedad celeste cala aun más hondo la critica:

“Limitar el espacioso suelo de la tierra y poner ladinamente estacas en una y otra parte, atribuyéndose cada cual su propio territorio, es lo mismo que dividir la bóveda celeste y decir: ´Esta parte es mía, y esa es tuya´. Si podemos dividir la tierra, comprar y vender derechos de propiedad sobre unos metros cuadrados, también tenia que ser justo fraccionar la atmosfera que respiramos y traficar con metros cúbicos de aire.” (*Ibídem*, p. 140).

Se mofa también el gato del supuesto progreso que a atisbado el hombre moderno. La distinción entre salvaje y civilizado le parece absurda y se ríe de la profesión de su amo, a saber, la de maestro. Se burla de la altanería humana que desdeña la vulgaridad gatuna, entre otras cosas.

Llega a la conclusión de que la psicología humana es complicada o peor aun, que los hombres se complican la vida ellos mismos. “(…) los gatos somos más sencillos. Si queremos comer, comemos; si se nos antoja dormir, dormimos. Cuando nos enfadamos, nos enfadamos de verdad; cuando maullamos, maullamos con todas las fuerzas. Desde luego, lo que no hacemos es una cosa tan inútil como escribir un diario.” (*Ibídem,* p. 42). No puede entender el para qué arreglarse el cabello o afeitarse o cambiar de vestido. “Socorridos por la oveja, amparados por el gusano de seda y auxiliados por el campo algodonero, manifiestan a las claras que el mismo lujo es efecto de su incapacidad.” (*Ibídem*, p. 201).

Menciona, además, como extravagancia sin sentido el hecho de andar en dos piernas teniendo cuatro. Además, el gato observa como los hombres se quejan de sus tantas tareas y obligaciones autoinflingidas. “Inventar pasatiempos innecesarios por capricho y lamentarse hasta prorrumpir en trenos lastimeros, es lo mismo que arrojarse al fuego y luego quejarse del calor. Si los gatos nos preocupásemos de cortarnos el pelo de doce maneras, nuestra vida no sería tan tranquila.” (*Ibídem*, p. 203).

Soseki, en boca del gato filosofo, da cuenta de lo antinatural de las costumbres puesto que son epocales y se circunscriben geográficamente. Si bien pueden importarse y exportarse, toma su tiempo hasta que finalmente sean consideradas como propias del hombre de manera natural. “Practicar deportes, beber leche, bañarse en agua fresca, lanzarse al mar, esconderse entre las montañas en verano y empaparse de aires campestres son cosas que pueden considerarse enfermedades modernas, pestes, tuberculosis, neurastenias contagiadas por las naciones de Occidente al país de los dioses.” (*Ibídem*, p. 235).

El vestido es una costumbre convertida en esencia del humano, el hombre es tenido por animal vestido. “Un hombre desnudo les parecería una ridiculez tan grande como un elefante sin trompa, una escuela sin alumnos o un soldado sin valentía. Es decir, opinaban que la ropa era parte esencial del hombre. Privado de ella, el ser humano dejaba de ser tal y se convertía en bestia.” (*Ibídem*, p. 252). Todos los hombres nacen desnudos e indistintos entre sí. El deseo de destacarse del resto rompió con la desnudes primordial puesto que “Así como la naturaleza aborrece el vacío, del mismo modo los hombres detestan la igualdad. Para evitar la igualdad, se ven forzados a cubrir su cuerpo con una serie de indumentarias, como si estas fuesen una parte de su carne y de sus huesos.” (*Ibídem*, pp. 255-256). La costumbre del recto vestir se convierte así en la frontera entre locura y cordura, entre civilización y monstruosidad. He aquí el peligro de la naturalización de las ficciones.

Mediante avanza la novela, avanza con ella el pesimismo del autor. Pasa de querer encontrar una solución a la denigración humana a pensar que el anhelo de superioridad es incurable. Lo notamos en frases tales como: “La igualdad no es posible. Ni siquiera en el estado de desnudez absoluta.” (*Ibídem*, p. 265).

En un principio el gato se lamenta por no poder articular el lenguaje humano, sin embargo, mas adentrada la trama, aquello que parecía un obstáculo parece ser una bendición. Se torna en algún punto pesimista al considerar que solo muerte podría traernos paz.

Soseki cita a varios filósofos de occidente, entre ellos a Aristóteles. Veamos como se empieza a gestar la división entre *zoe* y *bios* en el pensamiento del Estagirita que dará lugar al pensamiento especista en el cual estamos aun inmersos.

**El especismo aristotélico en *Investigación sobre los animales***

Este texto aristotélico que se enmarca en las obras biológicas comienza describiendo las distintas partes que componen a los animales. Estas pueden ser análogas entre unos y otros, o bien pueden diferenciarse tanto cualitativa como cuantitativamente. Esta última distinción puede darse por exceso o por defecto. La pregunta que surge casi sin pensar es ¿excesivo o defectuoso con respecto a qué? Es decir ¿cuál es el parámetro o la norma a seguir?

La distinción aristotélica entre especies se fundamenta en la *physis*, puesto que cada especie tiene una naturaleza que le es propia. (491a, 5). Por momentos se describe al hombre como una especie más del resto. Aunque aparece también con características únicas, como la capacidad de reflexión o de lenguaje articulado.

Aristóteles decide comenzar por el estudio de las partes del hombre puesto que sostiene que es el animal que necesariamente conocemos mejor. (491a, 20-25). A primera vista no hay ningún tipo de jerarquización, sino que se lo posiciona al hombre primero por una cuestión metodológica. Sin embargo, a medida que el resto de los animales se aleja de la constitución humana parecieran que van decreciendo en su grado de perfección. Esto lo podemos ver cuando admite que los animales sin ojos son más imperfectos que los que los detentan. Por eso su taxonomía es jerárquica y empieza considerando al hombre. Luego pasa por los cuadrúpedos vivíparos puesto que se reproducen de manera análoga al humano que es más compleja y superior. Los ovíparos gozarían entonces de una inferioridad dada por naturaleza.

No solo la completud de las partes y la complejidad del modo reproductivo van a determinar el grado de perfectibilidad del hombre en comparación al resto de los animales, sino que también considera la disposición de las partes. Para Aristóteles, las partes del cuerpo humano están dispuestas según el orden natural. “En el hombre, más que en los otros animales, la distinción entre arriba y abajo corresponde a posiciones naturales. En efecto, arriba y abajo están dispuestas conforme al arriba y abajo del universo.” (494a, 25-30). Queda expuesto así el hombre como norma y parámetro de los animales no humanos, tanto por constitución, como por disposición y por su forma reproductiva.

Ahora bien, la superioridad humana le esta reservada a los varones adultos y amos. Aristóteles supone una supremacía del adulto sobre el niño, del varón sobre la mujer, y por ende, del macho sobre la hembra, y del amo sobre el esclavo.

Uno de los argumentos de los que se vale para demostrar la superioridad del varón sobre la mujer es el del tamaño del cerebro que es más grande en el varón. O cuando admite que el hombre tiene una naturaleza superior por poseer más carácter. (Cf. 608b 5-10).

Con respecto a los niños, estos son inferiores por caminar en cuatro patas, lo que es contrario a la disposición natural y se asemeja más a los animales no humanos. En lo que refiere a sus comportamientos el alma infantil también se asemeja más al alma de las bestias. Lo mismo sucede con respecto al habla puesto que estos no gozan aun del lenguaje sino que “(…) la mayor parte del tiempo los pequeños balbucean y tartamudean.” (536b 5-10).

Los animales, según Aristóteles, no solo se distinguen por sus partes, sino también por su modo de vida, sus actividades y su carácter. Así, los hay acuáticos y terrestres; sedentarios y en desplazamiento; gregarios o solitarios; domésticos y salvajes, entres otros. Dice Aristóteles: “(…) todas las especiesdomésticas se encuentran igualmente en estado salvaje: es el caso de los caballos, los toros, los cerdos, los hombres, las ovejas, las cabras y los perros.” (488a, 30). Ahora bien, ¿hay algún animal con el afán de domesticar que no sea el hombre? Se deducen de aquí dos tipos de hombre: los domesticadores y los susceptibles de domesticación, es decir, amos y esclavos.

En resumen, Aristóteles, por una parte, alude a una superioridad del hombre respecto de las demás especies. Este aparece así como parámetro y modelo a seguir.

Y, por otra parte, si bien Aristóteles incluye a los hombres en su obra como un género más, por momentos pareciera no estar hablando del hombre en tanto especie sino de un tipo de hombre en particular que no incluiría ni a niños, ni a mujeres, ni a esclavos. Esta distinción legitima la dominación de una especie sobre otra. La separación entre vida humana y vida animal es peligrosa puesto que jerarquiza la vida legalizando y cristalizando las formas de dominación.

**Lo ficcional de la separación**

Frente a la postura especista de Aristóteles, no quiero dejar de mencionar algunos aspectos del pensamiento del filosofo japonés, Keiji Nishitani. Este autor cuenta con un bagaje filosófico tanto oriental como occidental, por eso considero valiosa la síntesis que realiza entre ambas. Nishitani (1999) sostiene que el concepto de vida es insuficiente para dirimir las fronteras entre lo humano y lo animal. Para poder superar la mirada antropocéntrica, lo que hace falta es un punto de vista nuevo y sin yo.

El gato sin nombre de Soseki da cuenta que su propio punto de vista gatuno no es céntrico ni totalizante. “Mi error estaba en que trataba a los cuervos como gato y desde un punto de vista gatuno.” (Soseki, 2017, p. 247). Inicia, así, un camino hacia un mirar vacío que considera a cada ente en tanto tal.

A partir del análisis de la finitud humana, Nishitani (1999) desemboca en categorías horadadoras de límites como la finitud infinita y el sufrimiento universal. Todos los seres sentientes comparten el sufrimiento a lo largo de los seis caminos de transmigración en la rueda samsárica. Estos seis caminos o formas de existencia están atravesados por la vacuidad.

“La nihilidad abisal es el lugar donde el ser en el mundo se encuentra como puro ser en el mundo, libre de todas sus posibles determinaciones. Es el punto en que todas las cosas existentes son despojadas de todas las formas de existencia halladas en los seis caminos, sean divinos, humanos, animales, o como sean; son llevadas hacia la forma pura y simple de tener meramente su ser en el mundo.” (p. 237).

Desvanecido el ego se adquiere la trascendencia omniabarcadora que supone una finitud infinita en donde todo llega a ser en su talidad. “(…) en los límites exteriores de la existencia humana, su esencia ya no es meramente humana. Pertenece a la categoría de los seres sentientes en el sentido de que abarca toda otra forma de existencia. Libre de las determinaciones de lo humano, es, por así decir, un ser en el mundo desnudo como tal.” (*Ídem*).

Teniendo en cuenta el pensamiento de Nishitani, sin bien él no lo expresa con estas palabras, la *zoe* termina siendo abarcadora de la *bios*. Paradójicamente, el hombre que se reconoce en su existencia zoeica es el único que puede crear lazo social. En la novela de Soseki se replica este pensar en tanto que el proceso civilizatorio nos conduciría a un individualismo extremo, mientras que la parte monstruosa y desnuda del hombre daría lugar a la politicidad.

La *bios* no hace a la grandeza del hombre sino que es lo que evidencia su falencia. El hombre necesita de otros para vivir, no es autosuficiente. *Bios* no es lo contrario a la *zoe* sino que es un aspecto de ella. Esto lo pudo vislumbrar Aristóteles y por eso no desarrollo una zoología separada de una biología, puesto que todos los animales, tanto humanos como no humanos, pertenecen al mismo reino (categoría que el introduce, dicho sea de paso, distinguiéndola del reino vegetal). Sin embargo, al quedar embelesado por la capacidad racional del hombre y su carácter político termina forjando una frontera que con el correr de los años se tornó casi permanente.

Soseki, por su parte, deja irónicamente por sentado que hasta un gato podría razonar más sensatamente que un hombre de su época. Incluso alguien tachado de loco sufre menos demencia que aquel que se adapta sin chistar a las normas sociales absurdas tenidas por naturales. El gato estalla a carcajadas frente al hombre educado u honrado puesto no es más que un hombre domesticado y encorsetado con una ética preestablecida por la voz de un amo. Porque no solo el gato sin nombre está sometido a un amo, todos en algún punto lo estamos.

Los restos del individuo moderno poco a poco van adquiriendo voz y poder, es decir, comienzan a ser susceptibles de aparición en el espacio político.

“Pero si cada cosa tiene su tiempo oportuno, hasta los gatos, tarde o temprano, tendremos oportunidad de ir a nadar a las playas de los alrededores de Kamakura. De momento, esta época todavía no ha llegado y, así como los japoneses de antes de la Restauración Meiji murieron sin saborear la delicia de los baños de mar, del mismo modo los gatos modernos estamos aun lejos de gozar de la oportunidad de lanzarnos al mar para nadar.” (Soseki, 2017, p. 237).

En la voz del gato se encarna la del preso, la del pobre, la del inmigrante, entre muchos otros que no logran aparecer. Pero me pregunto si la pluralidad de voces hace a la solución o si no es más que ruido que subyace inaudito mientras que ríen los poderosos. Los amos son sordos a la voz del gato. Como dice Simone Weil (2000), los privilegiados tienen el monopolio del lenguaje. La igualdad de privilegios no es más que una paradoja. Es absurdo pensar en una igualdad de privilegios puesto que el privilegio siempre es desigual. (Cf. p. 90). ¿Se trata, entonces, de que todos gocemos de los mismos privilegios o, antes bien, que los que gozan de los lujos renuncien a ellos? Renunciar al lujo…¿acaso existe alguien capaz de tal hazaña sin ser tomado por tonto, por loco o de ostentar falsa modestia?

“Los hombres suelen ser presuntuosos sin tener motivo para ello. Dicen que son los reyes de la creación. Pregonan en todas partes su realeza. Pero cuesta mucho comprender hasta qué punto son soberanos del universo. Juzgando con imparcialidad, esa soberanía no es muy digna de aplauso. Ellos creen que son los reyes de la creación, pero se desconocen a si mismos. Sería preferible que renunciasen a ese realeza. Pocos están dispuestos, sin embargo, a humillarse.” (Soseki, 2017, p. 385).

Compartimos el pesimismo de Soseki. Quizás, como expresa en su obra, la sociedad no sea más que una asociación de lunáticos. Sin embargo no perdemos del todo las esperanzas. No nos ahogamos con el gato en las aguas de la desesperación. La negación absoluta del hombre propuesta por Nishitani ¿podrá albergar a un nuevo hombre que perciba desde un punto de vista vacío a cada ente en su mismidad?

**Referencias bibliográficas**

Aristóteles (1992), *Investigación sobre los animales*, Madrid: Gredos.

Nishitani, Keiji (1999), *La religión y la nada*, Madrid: Siruela.

Soseki, Natsume (2017), *Yo, el gato*, Madrid: Trotta.

Weil, Simone (2000), *La persona y lo sagrado*, Revista Archipiélago. Barcelona, Nº 43.